

HOSPITAL FLORIDA

Dr. Raúl Amorín Cal

Más de 100 años de Historia



Redactores: Mtra. Nina Riva Buglio
Mtro. Fernando González Calcagno

Los redactores agradecen muy especialmente el definitivo aporte de materiales documentales del Dr. José Monti, profesional de la medicina y metódico indagador de la historia lugareña, integrante del Grupo "Identidad".

Asimismo dejan especial constancia de la colaboración entusiasta del personal del hospital y de otros varios floridenses que sumaron información, recuerdos, gráficos y pasión a ésta publicación, en el interés común de festejar junto y con el Hospital.

Coordinación y producción: Lic. Jorge Naya

Fotografía: Mtro. Roberto Diringuer Santoro

Diseño y Arte: Pablo Cortazzo

Impreso en: Servicolor S.R.L. - Independencia 821

Telefax: 4352 3598 - Florida - Uruguay

D.L. N° 0000000

Florida, agosto de 2014

Queda prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio, de los contenidos y formatos de la presente publicación.



Agradecimientos.

**Agradecemos al Dr. Antonio Turnes y al
periodista Emilio Martínez Muracciole
por los aportes realizados a esta publicación.**

Prólogo

EL CENTENARIO HOSPITAL DE FLORIDA “Dr. Raúl Amorin Cal”

Hace algunos años, con motivo del Centenario de la fundación del Hospital Departamental de Florida “Dr. Raúl Amorin Cal”, se publicó una historia de este hospital, elaborada por los Maestros Nina Riva Buglio y Fernando González Calcagno. Ambos destacados floridenses, lamentablemente desaparecidos.

Ahora es una necesidad realizar una edición bajo la forma de opúsculo, con la misma historia, precedida de este comentario.

La historia del desarrollo de los hospitales en el mundo es un proceso largo y complejo, con los primeros asomos doce siglos antes de nuestra Era, con los templos dedicados a Esculapio (Asclepio). Luego vinieron los hospitales hindúes y egipcios, luego los griegos y romanos, más tarde con el advenimiento del Cristianismo los dedicados a la atención de peregrinos y dotados por congregaciones religiosas, y progresivamente tornándose en refugio para los enfermos desvalidos y sin recursos, de enfermedades que causaban rechazo social, entre otros muchos momentos. En medio del mundo islámico ya en el siglo X se situaban los primeros maristanes, sus edificios concebidos como hospitales. Por muchos siglos sin más que el lugar de acogida para el necesitado, con escasos recursos curativos. Recién en la segunda mitad del siglo XIX se fueron produciendo grandes avances en esta área, para beneficio de las poblaciones. De lo cual puede consultarse el artículo que hace unos años hemos puesto en Internet.¹

En las primeras tres décadas del siglo veinte se construyeron en Montevideo varios hospitales estatales. Los mismos fueron: Hospital Militar, en 1908, (Ing. Roberto Armenio y Arq. Henry Poisson), Hospital de Niños del “Pereira Rossell” en 1908 (Ing. West y Arqs. Acosta y Lara y Guerra), Maternidad y Ginecología del “Pereira Rossell” en 1915 (Arq. Henry Ebrard), Hospital “Pedro Visca” en 1922 (ampliación de la Enfermería del Asilo de Expósitos “Dámaso Antonio Larrañaga” a

1 TURNES, Antonio L. HISTORIA Y EVOLUCIÓN DE LOS HOSPITALES EN LAS DIFERENTES CULTURAS, 14 de setiembre, 2009.

En: <http://www.smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/origen-y-evolucion.pdf>

cargo del Arq. Juan Giuria), Hospital Hogar “Luis Piñeyro del Campo” en 1923, Hospital “Pasteur” donde antes estaba el Asilo de Mendigos en 1923, Colonia “Gustavo Saint Bois” en 1928 (Arqs. Massa y Quincke).

Aparte de estos hospitales se habilitaron el Sanatorio de Obreras y Empleadas en 1922, de carácter benéfico, en una casa alquilada, para diez años después construir su propia sede; dos Sanatorios Mutuales: la Casa de Salud de Casa de Galicia en 1918 y el Sanatorio de la Asociación Fraternidad en 1922 y los ya mencionados hospitales privados Británico (1913) y Español (1909), que se sumaron al Hospital Italiano inaugurado en 1890.

Estos hospitales respondían tipológicamente a claustros, y en el caso de los más modernos al tipo pabellonario, como son los casos del Hospital Militar y del Hospital Pereira Rossell. Esta tipología pabellonaria era la más evolucionada del momento.

Los hospitales del interior fueron encarados como establecimientos nacionales y su construcción en general realizada por el Ministerio de Obras Públicas. Muchas de estas obras estuvieron a cargo del Arq. Juan Giuria, y la tipología predominante fue la de edificios en “U” de un solo nivel. En algunas poblaciones los edificios sustituían a los ya existentes, construidos por grupos de vecinos y de condiciones muy precarias.²

Los hospitales públicos fueron los primeros centros de atención de la salud de que dispusieron los habitantes de la Banda Oriental, desde que en 1788 se fundó el Hospital de Caridad, por la Hermandad de San José y Caridad. Conocido desde 1911 como Hospital Maciel, en recuerdo de quien dio los primeros pasos para su primitiva instalación. Tal vez el primero organizado en el Interior del país fue el Hospital Pinilla de Paysandú (1858-1927).

Pequeños y modestos hospitales, a veces con un par de habitaciones y pocas comodidades más, fueron apareciendo en todo el territorio nacional, para la atención de los pobladores residentes, con independencia de su posición económica y social. En forma paralela a la existencia de curanderos, comadronas y trasmisores de los poderes de curación de las hierbas, los primeros médicos que fueron apareciendo en la campaña iniciaron su larga tarea de asistir al necesitado. Primero fueron junto a las guarniciones militares, o como médicos de Policía, atendiendo desde sus consultorios particulares, con generosidad y entrega ampliamente reconocidas. Más tarde para atender a los asentamientos de los primeros pobladores, con mucha caridad y pocos recursos. El Hospital de Florida fue uno de los primeros en instalarse, siendo objeto de sucesivas ampliaciones y reformas hasta la conformación edilicia que hoy presenta, con algunos de sus servicios que son

2 WILSON, Eduardo, NOWINSKI, Aron, TURNES, Antonio L., SÁNCHEZ PUÑALES, Soledad y SIERRA ABBATE, Jorge: Hospital de Clínicas de Montevideo: Génesis y Realidad (1887-1974), 768 páginas, Montevideo, 2011, p. 58.

los mejores del país, dentro de los hospitales públicos, como su excelente Laboratorio Clínico, que sirve no sólo a la población departamental, sino que es organismo de referencia para treinta laboratorios del país en estudios especializados.

La atención mutual, creada por grupos de inmigrantes españoles, italianos, franceses, fueron apareciendo a partir de la creación en setiembre de 1853 de la Asociación Española Primera de Socorros Mutuos. Fundada en Montevideo, pronto sembró entidades similares en las principales ciudades del interior, y se expandió a varias ciudades de la vecina República Argentina, primero en Rosario, luego en Buenos Aires.³

En la publicación efectuada en 2008, se menciona la preocupación de don Domingo Ordoñana, fundador de la Asociación Rural del Uruguay, para llevar médicos a la campaña:

Don Domingo Ordoñana, fundador de la Asociación Rural en 1871, gran estanciero y cirujano práctico en los ejércitos oribistas del sitio de Montevideo, fue uno de los integrantes de ese personal de segunda. El 30 de setiembre de 1869, escribió a Lucio Rodríguez, Presidente de la Comisión Central de Inmigración, acerca de la necesidad de formar en el país “cirujanos baratos, de estudio sencillo (para curar) las regiones de los pobres” y de esa manera evitar el curanderismo de mala ley. Con lo cual estaba defendiendo su propio oficio. Lucio Rodríguez, el 19 de noviembre del mismo año, le respondió en un todo de acuerdo; los estudios durarían dos años y se harían en el Hospital de Caridad de Montevideo: “ya tenemos abogados. Empecemos a formar médicos”, añadió con sabiduría.⁴

Florida tuvo su primera construcción hospitalaria, modesta desde luego, en 1908. Asistida, como en casi todos los demás lugares, por médicos abnegados que cumplían su función honorariamente, a favor de los más desposeídos, mientras que cobraban cuando podían a los más favorecidos por la fortuna, los comerciantes, industriales y hacendados.

Así se fueron nucleando los hospitales públicos, como los referentes de salud de cada comunidad, gracias al aporte de médicos y funcionarios que

3 TURNES, Antonio L.: La Asociación Española Primera de Socorros Mutuos en su 150 aniversario. 7 de Octubre de 2003. Allí se describe la expansión de las instituciones mutuales, su cronología y la naturaleza de los servicios que prestaban, así como de las relaciones que establecían con los médicos, que no eran dependientes, sino pagos mediante honorarios acordados. La atención era principalmente de apoyo social al inmigrante, incluyendo la repatriación cuando se encontraba desubicado en nuestro país, y el apoyo psicológico al enfermo, al moribundo y su acompañamiento hasta su último descanso. En: <http://www.smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/aepsn.pdf> (Consultada el 29.04.2012)

4 TURNES, Antonio L.: EL EJERCICIO ILEGAL DE LA MEDICINA ENTRE LAS ACTIVIDADES PERSEGUIDAS POR EL SINDICATO MÉDICO DESDE SUS INICIOS. Conferencia dictada en la II Jornada de Responsabilidad Médica (2006). Publicada en: El Derecho Digital: <http://www.elderechodigital.com.uy/smu/doctri/sdmd0009.html> (Consultada el 29.04.2012).

dieron su tiempo, dedicación y amor para apoyar a los que buscaban sus servicios.

Por el Hospital de Florida pasaron figuras relevantes de la Medicina Nacional, como los Dres. Juan Guglielmetti, Fernando Abente Haedo y Heraclio Labandera Goñi, por citar a tres figuras consulares de la Medicina floridense.

Cuando en la segunda mitad de la década de 1960 se vinculó el Dr. Raúl Amorin Cal, nacido en San Carlos (Maldonado) el 20 de junio de 1933 y graduado el 18 de junio de 1963, se inició una nueva etapa de cambios. Él trajo con el andar del tiempo, el conocimiento y los instrumentos necesarios para practicar la cirugía moderna en esta ciudad, que anteriormente derivaba la mayor parte de los casos a Montevideo. Como ocurrió con el propio Dr. Guglielmetti, cuando viajó en Ferrocarril a Montevideo, para que el Dr. Alberto Mañé Algorta lo operara en su consultorio de apendicitis.

¿Quién era el Dr. Juan Guglielmetti?⁵

El Dr. Juan Guglielmetti era un prestigioso médico de Florida, que en sus años mozos había contribuido junto a Nereo Iturriaga, Juan B. Morelli y Américo Ricaldoni, a fundar la Revista Científica de Medicina y Ciencias, en 1888. Radicado en la capital floridense, se había constituido en uno de los mejores clínicos, siendo además hombre generoso y bueno. Una anécdota lo pinta cabalmente. Cierta vez se trasladó a Montevideo por ferrocarril, dirigiéndose prestamente a la casa del Dr. Alberto Mañé Algorta (1884-1960), graduado en 1909 y especializado en Cirugía en París. La casa era cercana a la Estación Central, y apareció allí diciéndole: “Estimado doctor Mañé, acabo de llegar de Florida en el tren y de la Estación Central tomé un taxi para venir a verlo. Tengo una apendicitis aguda grave y quiero que me opere”. Guglielmetti tenía profunda confianza en Mañé, cirujano a quien dirigía sus pacientes quirúrgicos. El médico confirmó lo acertado del diagnóstico y le propuso trasladarlo a un sanatorio para intervenirlo de urgencia. Pero Guglielmetti se negó: “No, amigo Mañé. Ud. me va a operar aquí [estaban en su consultorio, una oficina, sin ambiente quirúrgico adecuado]. Si no está de acuerdo me vuelvo para Florida.” Como no hubo forma de convencerlo, el Dr. Mañé telefonó al Hospital Militar, donde era el Jefe del Servicio de Cirugía, para pedir que uno de sus ayudantes concurriera y le trajera el material necesario. Entonces, con anestesia local, procedió a practicarle la apendicectomía, extirpando un apéndice supurado próximo ya a su perforación. Relata Mañé Garzón, su hijo: “Luego de entonarse con un café y un cognac que se hizo traer de un boliche próximo esperó la hora, fue conducido por mi padre a casa de un pariente, donde cursó convalecencia sin novedad.” Antes de volver a sus pagos le envió una carta junto con su reloj de oro: La carta decía así:

5 TURNES, Antonio L.: FLORENCIO SÁNCHEZ: Los misterios de su vida, pasión y muerte. Ediciones Granada, Montevideo, 2010, 282 páginas; pp. 124-126.

“Montevideo, Abril 12/19

Querido médico y amigo,

Me voy a cumplir con mi deber a Florida. Puedo hacerlo debido a su inteligencia y a su buena voluntad. Son pues dos mis deudas: la de mi salud y la de mi amistad. ¿Cómo pagarlas? Con el agradecimiento mientras viva, que es lo único que puedo ofrecerle, prometiéndole que será para mí, hoy y siempre, un dogma.

No me atrevo a hacerlo con palabras. Quizá resultaran parodia de las que los contemporáneos dijeron a Macchiavello: “ningún elogio le alcanza” diciendo: ningún agradecimiento le será suficiente. Pero aún así, permítame, mi querido médico y amigo de forma tangible a mi gratitud: querrá Ud. hacerme la gracia de aceptar el modesto obsequio que le hago de mi reloj, pobre en valor pero grande para mí si lo guarda, porque será mi alivio moral para quien le da algo de lo que ha medido su mísera existencia, en recuerdo de todo el bien que Ud. le ha dispensado.

Querido doctor, que sirva tan solo mi recuerdo para medir horas de felicidad para Ud. su esposa e hijos.

Un abrazo que con todo el corazón le envía su amigo que lo quiere de verdad.

Juan Guglielmetti.”⁶

Según la información de Pérez D´Auria, la calle que lleva su nombre recuerda al médico, que por más de medio siglo ejerció su profesión en Florida. Nació el 1° de setiembre de 1866 en Montevideo y murió en nuestra ciudad el 11 de julio de 1943. Doctorado en Medicina en 1889, se radicó de inmediato en nuestra ciudad. Durante los períodos 1893 – 1909 y 1911 – 1926, desempeñó su cargo en Salud Pública. En 1901 actuó eficazmente durante la epidemia de viruela que azotó nuestro departamento. Prestó importantes servicios a la población menesterosa en nuestro Hospital. En 1908 Ursino Barreiro – Presidente de la Junta Económico Administrativa -, le confió la organización técnica del citado Hospital, del que fue en 1917 Médico ad honorem. A raíz de la epidemia gripal de 1919 fue designado Médico Municipal. Jubilado al límite de su edad en 1926, integró 6 años más tarde, la Comisión Auxiliar de Salud Pública de Florida y en 1936, por Decreto del Poder Ejecutivo, se le entregó la “Medalla de Abnegación”, destinada a premiar actos excepcionales de servicios de humanidad y la ciencia. Con base de granito gris, está su busto fundido en bronce, en el cantero central de “su” calle, obra de don José Belloni.⁷

6 MAÑÉ GARZÓN, Fernando: Clínica Viva. Edición del Ministerio de Relaciones Exteriores, Consejo de Educación Técnico Profesional – Universidad del Trabajo del Uruguay. Serie Edición Homenaje – Historia – Humanismo – Ciencia, prólogo de Ricardo Pou Ferrari, Volumen 8. 360 páginas; pp.: 85-90.

7 PÉREZ D´AURIA, Carlos: Las calles de Florida. En: <http://www.floridaonline.com.uy/Ca->

Las figuras de los médicos más destacados a lo largo de la historia de este Hospital centenario, han sido recordadas con justicia en la publicación original.

La designación del Hospital en el año 2001 con el nombre del Dr. Raúl Amorin Cal hace honor a quien consagró su vida al desarrollo del Hospital, llevándolo a uno de los principales sitios entre sus similares del Interior del país. Jerarquizando sus servicios y organizándolos de acuerdo a los cánones de los hospitales modernos, aún dentro de la modestia de sus instalaciones. Hoy destaca por el volumen de su población asistida, la mitad de los habitantes del Departamento, que reciben más y mejores servicios. Formando una red integrada de centros de salud y policlínicas que cubren las villas, pueblos y ciudades de la geografía departamental.

El Hospital de Florida, a lo largo de su historia, se ha caracterizado por la calidad de su personal médico, de enfermería, administrativo y de servicio, así como por los técnicos que han hecho de sus servicios uno de los de mejor nivel entre sus pares. No obstante lo cual, han permanecido siempre con bajo perfil, haciendo del trabajo y el progreso de sus servicios, su mayor orgullo.

Al saludar la nueva edición de esta publicación, adherimos con el mayor cariño a esta obra en bien de la población, que constituye un orgullo para el Departamento y un ejemplo para el País.

Tras cien años de gesta para un mañana mejor



■ Las características palmeras del hospital, plantadas cuando se diseñó su primer patio, son alegórica expresión de cien años de crecimiento, siempre en pos de lo más alto.

Transitando las postrimerías de la primera década del siglo XXI los floridenses nos enorgullecemos festejando el primer centenario de nuestro hospital, institución sin la que ya es imposible imaginar a nuestra ciudad, en tanto

representa una parte esencial e imprescindible de nuestra vida cotidiana y la convivencia.

Coincidentemente también nos aprestamos a festejar los 200 años de la ciudad, con lo que fácil resulta comprender que el hospital aparece en la capital departamental cuando ésta ya tocaba su primer siglo, para hacer -protagonicamente- la segunda mitad de su historia.

En este marco temporal no resulta complejo entender el valor superlativo que la comunidad descubrió en la instalación, gesta y constante proceso de crecimiento del hospital si se piensa en los enormes, traumáticos y hasta dramáticos vacíos para responder ante la enfermedad o las heridas que signaran a los floridenses que hicieron el primer siglo de nuestra historia urbana.

Desde aquella fermental concreción -con un reducido centro de internación, rústico quirófano, sala de aislamiento y médico de consulta gratis- a la realidad que hoy representan sus complejas y multidisciplinarias instalaciones de una manzana y los múltiples servicios de extensión departamental, con decenas de policlínicas, modernas ambulancias y una trama ajustada de médicos, especialistas y técnicos, se justifica el orgullo lugareño por la constante de su crecimiento.

Nuestro hospital ha sido así -y lo sigue siendo- una institución con la cual Florida se ha sentido siempre especialmente comprometida, por lo que la peculiar historia de sus cien años también redundaba en ser un modo diferente pero puntual y minucioso de revisar la historia misma de la ciudad desde el atalaya de los avances científicos y tecnológicos aplicados al cuidado de la salud, de las conquistas que supusieron -para todos- cada uno de sus avances y de sus médicos pioneros y más destacados, que -no por casualidad sino por esa causalidad- son recordados y reverenciados como ciudadanos ejemplares.

En esta publicación conmemoramos estos 100 años de gesta, de pioneros y soñadores, de constantes avances en lo científico y tecnológico y de extensión de los servicios de salud a todo el departamento; pero -por sobre todo- festejamos la conquista de un ámbito de mejor calidad de vida y del sustantivo incremento de la expectativa de vida de los floridenses que potenció el hospital “Dr. Raul Amorín Cal” en este siglo de trabajo, seguros de que el mañana será aún más promisorio.

Desde la historia de su denominación

La instalación de hospitales representa una etapa definitiva en la evolución de la medicina como ciencia aplicada, desde la cual se ha mantenido la denominación original más allá que el concepto evolucionó a mucho más de lo que el vocablo “hospital” refirió en los inicios.

En sus orígenes grecolatinos los hospitales fueron coetáneos de los sanatorios, ambos en virtud de oficiar como servicios vinculados a la enfermedad, pero desde concepciones y sustentos drásticamente diferentes.

Mientras los “sanatorios” fueron lugares donde eran llevados -para una atención especial (más específica y vigilada)- aquellos enfermos que se presu- mía como “sanables”, los primeros hospitales se crearon para aislar a los que presentaban afecciones consideradas incurables o aberrantes (malformaciones desagradables, máculas y amputaciones “repugnantes”, etc).

Es desde tal concepto que se los refirió desde la misma raíz etimológica que diera origen a los vocablos latinos “hospitalidad”, “hospedaje” y “hospicio”. El sufijo “al” señala su pertenencia “general” (en el concepto de referirlo



como responsabilidad de la misma sociedad que lo genera). En síntesis, resultaron hospedajes donde separar la enfermedad de la sociedad, de los que ésta misma sociedad se hacía cargo.

Así entre los hospitales primeros estuvieron los leprosarios y los cotos cerrados donde se aislaba a los tuberculosos terminales y los inválidos de guerra.

La sociedad se hacía cargo de la manutención mínima de los allí internados, a cambio de la seguridad de evitar todo contacto con ellos, ya para evitar posibles contagios ya para evitar el horror de su vista.

Y fue desde esta característica económica y no desde su rol específico que el vocablo anduvo luego los siglos, ya que se siguió llamando “hospital” a aquellos centros que atendían la enfermedad a costo de la comunidad, contrastando con los sanatorios que supondrían un sustento económico diferente.

En nuestro país y en nuestro departamento los hospitales irían apareciendo desde el mismo concepto, por lo que el primero que se recuerda -en el Montevideo de la colonia española- se llamó “Hospital para menesterosos”, y luego Hospital de la caridad” y en Florida la historia del Hospital “Dr. Amorín Cal” inició también como un hospital de la caridad, institución de la que la comunidad se hacía cargo en el entendido que debía cuidarse la salud de los menos favorecidos por la fortuna, por razones humanitarias y porque de ese modo la propia sociedad toda intentaba conjurar los horrores y temores de la guerra, de las epidemias y de la amenaza constante de los contagios.

La enfermedad del mal y las curas mágicas

Muy poco se sabe a ciencia cierta respecto de los modos en que enfrentaban la enfermedad los pobladores primeros de nuestro suelo, aquellos variados y casi desconocidos pueblos que se sucedieron temporalmente en nuestra geografía y que comunmente referimos -en general- como “indios” y con referencia sólo a los que circunstancialmente estaban en estas tierras en los momentos en que los “descubridores” y primeros colonizadores europeos comenzaron a dar cuenta (en escritos y dibujos) de ellos.

Desde el vacío de información puntual al respecto, contando apenas con los testimonios de algunos cronistas europeos (que no pocas veces anotaron lo que veían sin comprender más allá de la apariencia), mucho se ha especulado en torno a aquellos pueblos, al extremo de fantasías e idealizaciones que poco o nada tienen que ver con lo que realmente aconteciera, llegándose a pretender que las comunidades aborígenes americanas conocieron la enfermedad con la llegada de los europeos y/o que algunas de ellas habían desarrollado complejos y muy efectivos modos de curación desde el uso minucioso de los propios recursos de la naturaleza.

Sin embargo muy diferentes son las certezas que se logran desde la antropología y la arqueología...

MAGIA Y PRAGMATISMO

En todos los casos, incluso en las civilizaciones más avanzadas de México y Perú, se consideraba la enfermedad como la resultante la acción de divinidades negativas y -en consecuencia- se enfrentaba básicamente con ritos “mágicos” que pretendían contrarrestarla logrando los auspicios de





la divinidades protectoras o con sacrificios de ofrenda que saciaran el enojo de los dioses.

Su concepción asumía que la salud es el estado natural del hombre y la enfermedad una alteración caprichosa y contraria a su propia esencia.

Sin embargo aquellos pueblos -unos más y otros menos- también aprendieron a usar algunos de los recursos que la naturaleza ofrece para paliar males y dificultades vinculadas a la plenitud física. Así como muchos conocieron los venenos y tóxicos naturales, supieron también de las propiedades analgésicas del sauce, de estimulantes como la coca y la yerba mate y del manejo de otros tantos vegetales.

Los encargados de administrar las necesarias curas eran los chamanes, los que –por trabajar entre lo mágico y el conocimiento de los yuyos y otros vegetales- fueron identificados por los europeos como “médicos brujos”, “hechiceros” o “curanderos” (término este último que se usó desde luego de la conquista y supuso la equiparación de aquellos con los sanadores tradicionales).

EN NUESTRA GEOGRAFÍA

En esta parte del continente, con una población que vivía en la edad de piedra, básicamente conformada por cazadores menores, recolectores y pescadores, de hábitos necesariamente nómadas y sin conformar grupos numerosos, las condiciones de vida eran extremadamente precarias.

Los individuos de las etnias pámpida y tupí-guaraní tenían una expecta-

tiva de vida de aproximadamente 30 años, la mortalidad infantil superaba el 50% y la enfermedad aparecía casi siempre como definitiva.

Si bien es correcto afirmar que los colonizadores trajeron enfermedades desconocidas (para la que éstos no tenían defensas naturales) no resulta correcto suponer que anteriormente no había enfermedades contagiosas ni se dieron epidemias feroces.

Las investigaciones han detectado aldeas guaraníes arrasadas por “la peste” más allá que ellos mismos no tuvieron conciencia -por su propio modo de convivencia en pequeños grupos- de que se tratara de epidemias.

En estos pueblos se atinaba, sin embargo, a aislar a los enfermos que contagiaban, los que eran abandonados lejos de los grupos o directamente sacrificados, lo que también se hacía con aquellos que al nacer exhibían malformaciones, las que se consideraban agoreras y nefastas para toda la comunidad.

LA MEDICINA MESTIZA

No debe suponerse que el concepto cientificista que los europeos trajeron de la medicina desterró las prácticas que por siglos cultivaron aquellas comunidades indígenas, en tanto la mixtura cultural que surgió de los procesos de mestizaje también cumplió con yuxtaponer las dos vertientes.

Así los médicos llegados desde Europa se preocuparon por conocer la flora autóctona de nuestro continente y adoptaron muchas de las recetas indias, a la vez que la medicina científica convivió por varios siglos con los conceptos populares que mantuvieron su impronta “mágica”, en coincidencia con los ancestrales sanadores castellanos, celtas y andaluces, con “santiguados”, “venceduras”, talismanes, amuletos y escapularios, y la presencia de curanderos y sanadores, con fórmulas yuyeras y de llamativa aplicación como el oro caliente, los emplastos de caña fuerte y las “tiradas de cuerito”.

Para atender la enfermedad más que cuidarse en salud



En los tiempos transitados durante el siglo XVIII y comienzos del XIX los pobladores de nuestra Banda Oriental, tanto los que habitaban la campaña o las nacientes villas, tenían una forma de vida que les permitía sobrevivir, gracias a los conocimientos logrados desde las experiencias ajenas y la aplicación de sus propias experiencias.

No escapa a ello la atención o el alivio a las enfermedades que podían adquirir. En general no se horrorizaban con las epidemias porque tampoco se horrorizaban con la enfermedad. En campaña la muerte por enfermedad y en la propia casa era considerada una bendición. Era la aceptación de la enfermedad unida a un intento de sanación.

Es que eran tiempos en que todos tenían el poder de curar.

LA ALTERNATIVA DE LA CURA

Las enfermedades más comunes eran las infecciones. El tétanos (con una mortalidad del 80% de los asistidos), la fiebre amarilla, la tuberculosis y la sífilis, resultaban las más frecuentes y más letales.

Las curas se hacían con sangrías, purgas, ventosas, vejigatorios, vomitivos, mercurio para la sífilis, orina recién expelida para la rabia, cáusticos y el sedal, terrible forma de intentar sanar instalando otra enfermedad.

Para estas curaciones estaban los prácticos, homeópatas, hidrópatas, curanderos y mano-santas, que curaban con hierbas naturales, con manipulaciones y vencedoras o “santiguados”, desde el empacho a la picadura de víbora con sebo de riñonadas, guaco y yerba de la víbora.

Los “especialistas” eran los hueseros, que usaban suelda-suelda para las quebraduras; las comadronas que atendían los partos y los cirujanos (que curaban las heridas de bala poniendo -en la herida- un trapo quemado para detener la sangre) y concretaban las amputaciones de urgencia especialmente en los campos de batalla.

En la campaña y zonas alejadas era común encontrar “botiquines” abiertos al público, especialmente en las pulperías.

Al terminar este período ya habían llegado de Europa médicos con título, que también se radicaron en el interior, así como publicaciones tales como el “Manual de hidropatía doméstica”; e iniciaba un tiempo en que modestamente la medicina empezaba a cambiar su teoría y -por ende- su práctica.

Así es como llegaron a estas tierras los primeros aportes para una Medicina estrictamente científica.

En todos los casos la necesidad del médico, del curandero o del sanador aparecía cuando la enfermedad se presentaba, siempre como un imprevisto, en tanto poco o nada se conocía respecto de sus orígenes y de la posibilidad de establecer y participar en modos racionalizados de prevención.

Sólo en casos de epidemias, como las de cólera (que asolaron Montevideo en sus apariciones registradas a fines del XVIII y comienzos del XIX), aparecieron algunas medidas tendientes a imponer hábitos y conductas que permitieran detener los vectores de contagio, patrocinadas por los médicos más prestigiosos, que encontraron eco en los gobernantes de entonces.

LOS AVANCES PIONEROS

El primero de los hospitales de nuestra historia se instaló en San Felipe y Santiago de Montevideo, en el año 1788.

Como era de uso incluso en Europa fue este un “Hospital de caridad” o “público”. Aquel marcó el origen de la institución que -en el siglo XX- pasó a denominarse Hospital Maciel.



Durante el gobierno de José Artigas, en tiempos de la “Primera Independencia” de la Provincia Oriental, se concretaba el primer plan de vacunación general (que no masivo) de nuestra historia, que fuera también el primero en concretarse en toda la América del Sur.

Los avances fueron lentos pero definitorios. En 1847-1848, durante el “Sitio Grande”, la presencia de médicos europeos (especialmente franceses) en la capital acosada por la guerra, marcaba otro jalón: comenzaba a usarse la anestesia.

“YA TENEMOS MUCHOS ABOGADOS EMPECEMOS A FORMAR MÉDICOS”

Del Dr. Lucio Rodríguez; apoyando la propuesta del cirujano Domingo Ordoñana, que diera origen a la primera cátedra de médicos, que se concretó en el Hospital de Caridad y se extendía por dos años.

Publicado por “La Tribuna”, en 1870.

DESPUÉS DE LA GUERRA GRANDE

La segunda mitad del siglo XIX viene con cambios que nos evidencian una relación diferente entre la enfermedad y el ser humano. Los avances y descubrimientos científicos y las nuevas ideas filosóficas se difunden por el mundo y se produce un cambio en la forma de pensar al ser humano y sus estilos de vida.

Así, en nuestro país, en 1875 se crea la Facultad de Medicina, en el marco

de la Universidad de Montevideo, institución hasta entonces casi exclusivamente vinculada a las ciencias exactas y teológicas.

En 1884 se registra la primera transfusión de sangre de nuestra historia, también en un centro médico de Montevideo.

Las enormes distancias que suponían entonces los lentos medios de locomoción y transporte no demoraron en imponer la necesidad de también llegar al interior del país. En 1889 se instalaban los hospitales de Paysandú y San José.

Recién en 1895 se concreta la primera estructura sanitaria formal del Estado, cuando ya la mayoría de las capitales departamentales y principales centros poblados del interior contaban con organizaciones -gestadas desde la órbita privada- para atender las necesidades de salud de sus habitantes económicamente más acomodados y los médicos ya se diseminaban en todo el territorio nacional.

Nuestra Florida había realizado igual proceso, contando entonces con varias asociaciones de “socorro mutuo” y comenzando a trabajar para la concreción de un hospital...

Aquellos primeros médicos con que contó la Florida

Hasta donde la información histórica permite saber el primer médico que pisó nuestras calles -por entonces de pequeña villa- se llamó Cornelio Spielman (su apellido aparece con grafías diferentes en la documentación).

Había llegado desde Europa para instalarse primeramente en Maldonado, en agosto de 1808. En 1811 se unió a la revolución oriental (cuando el comandante floridense Manuel Francisco Artigas ocupó esa plaza) y acompañó a José Artigas en la Batalla de las Piedras como “cirujano mayor asistente”.

Cuando en 1817 se planifica -por primera vez- la instalación de un hospital en Florida, entre las instrucciones dadas por Artigas se establecía el contralor de un inventario para el que se tomarían los necesarios asesoramientos “con el cirujano encargado don Cornelio Spielman”.

Los floridenses lo recuerdan hoy al darle su nombre a una calle del barrio Prado Español.

Los tiempos de guerra primero y la oscuridad que impuso la dominación lusobrasileña después dejaron en el olvido aquel proyecto artiguista de un hospital en la villa de Florida, en el centro geográfico del espacio sur de la Provincia Oriental. No volvió a registrarse documentalmente la presencia de otros médicos por muchos años.

Serían -otra vez- las inclemencias de la guerra las que justificarían su reaparición en los documentos... En 1825, Juan Antonio Lavalleja -instalado con su cuartel general de más de un millar de hombres de armas en las cercanías en Florida- nombraba al boticario de la zona del Pintado, referido como Pedro “el Chiquito”, en calidad de “cirujano del ejército” patriota.

Sin embargo y más allá de contarse con aquellos boticarios que preparaban sus propias fórmulas curativas desde conocimientos más o menos rudimentarios de la química y un aprovechamiento “conocedor” de la flora, sería recién en el año 1854 que se concretaría la aparición de un médico establecido en la villa. Aquel se llamó Juan M. Silva y las noticias que de él quedaron resultan escasas, por lo que parecería que la recurrencia de los floridenses a sus servicios no resultó demasiado fluida. La propia población debería acostumbrarse a la posibilidad de recurrir al médico...



■ Los primeros médicos que conoció nuestro territorio fueron todos europeos, siendo especialmente reconocidos los franceses e ingleses.

La atención de la salud en gesta de inmigrantes

El período que medió entre las postrimerías de la Guerra Grande, las revoluciones de Timoteo Aparicio y de Venancio Flores y el inicio de las dictaduras del militarismo, supuso cinco lustros en los que las ciudades del interior como la nuestra recibieron muy importantes contingentes de inmigrantes desde Europa y Asia Menor.

Para Florida los aportes más numerosos fueron de italianos, españoles, franceses y vascos, pero también resultaron significativos los aportes de judíos, turcos, libaneses y sirios.

SOCORROS MUTUOS

Fueron aquellos inmigrantes quienes encararon la concreción de las primeras formas organizadas e institucionalizadas para la atención de la salud.

Desde los lazos afectivos y de confraternidad que aquellos gestaban por su condición de “diferentes” y sus conductas de mutuo apoyo entre “paisanos” (originarios del mismo país), que aseguraba los primeros sustentos laborales y de vivienda para quienes llegaban, también surgieron las primeras “mutualistas”, organizaciones que se sustentaban desde el fondo común al que se aportaba mensualmente, que concretaron las primeras contrataciones privadas de médicos en nuestra ciudad.

Así, en 1878, se creaba la Sociedad Española de Socorro Mutuo y tres años más tarde la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos. A éstas siguieron la Sociedad Francesa (que nació como de interés cultural y artístico y luego también asumió deberes en el cuidado de la salud) y la Sociedad Cosmopolita, en la que se agrupaban los inmigrantes de los contingentes menores.

Más allá de las diferencias de organización que cada una de estas instituciones se diera todas ellas coincidieron en sus características organizativas básicas: los socios eran los titulares de cada núcleo familiar (el asociado, su esposa y los hijos menores de edad) a cuyo nombre se aportaba una mensualidad que cubría las necesidades médicas de toda la familia; la contratación de médicos fue variando en número en la medida en que los socios fueron creciendo en cantidad, siendo responsabilidad del médico visitar -por lo menos- una vez por mes cada hogar, ya por casos de enfermedad ya a modo de control informativo regular.

En aquellos primeros años la Sociedad Italiana fue la que logró más asociados, llegando a contar con media docena de profesionales contratados cuando aún no expiraba el siglo XIX.

En estas organizaciones de “socorro mutuo” estuvo el inicio de la institucionalidad al servicio del cuidado de la salud, con los médicos rentados

desde la iniciativa particular y con un alcance que no contemplaba a toda la comunidad en tanto cada una atendía a sus asociados y quien no podía pagar las referidas cuotas no accedía –más allá de la generosidad de alguno de aquellos primeros profesionales de la salud- a los auxilios mínimos en caso de enfermedad.

Al iniciar la década del 1880 se contaba en Florida con los médicos Miguel Lázaro, Vicente Galmés, Francisco Sagasetta, Salvador Destéfano (italiano), Bond y Stienfield.



■ El boticario preparaba artesanalmente las medicinas. En los siglos XVIII y XIX fueron muy comunes las fórmulas creadas por algunos de ellos, presentadas como “elixires” para las más variadas dolencias.

En la necesidad social de lograr un hospital

En 1886 el periódico floridense “El Demócrata” informaba de la compra de la propiedad del general Doroteo Enciso para hacer el hospital de Florida.

Se trataba de una casa de descanso en las cercanías de la Piedra Alta, un espacio casi totalmente descampado al este de la ciudad, que contaba con sólidas aunque ya añejas construcciones y un extenso terreno. Según informaba el mismo periódico la propiedad “posee viejas construcciones que serán reparadas y adaptadas para el nuevo destino”.

La referida compra fue concretada por el gobierno departamental -por entonces ejercido por la Junta Económico Administrativa- contando con fondos especialmente recaudados a talos fines y la organización de la Comisión de Caridad de la población.

En 1896 se publicaba, en un periódico local que “había siete médicos y ahora quedan tres: Guglielmetti, Sagasetta y Gagliardi”, a los que se sumaría Ponce de León dos años después.

Para el año 1899 el periódico lugareño “La Voz de Florida” (un bi semanario que dirigía Don Sebastián Romero) dedica a la iniciativa del hospital y los médicos que trabajaron en aquellos inicios una constante cobertura, lo que evidencia a las claras el interés que tal despertaba en la sociedad floridense. En su edición del 16 de noviembre consignaba que “Por el Ministerio de Fomento se ha dado el trámite de orden al proyecto de reparaciones, formulado por la Comisión de Caridad de nuestro departamento, que deben efectuarse en el edificio destinado a hospital. Las obras proyectadas son las siguientes: cambiar el techo actual por otro de bovedilla y tirantes de hierro; edificar un salón de 6 metros por 5; reboque general; pisos de portlan; construir un corredor de 36 metros por 2 en todo el largo del edificio, en la parte interior; excavar un aljibe; levantar un cerco de pared francesa; hacer un portón y colocar una vereda de piedra de 2 metros de ancho. Todo el costo de estas reparaciones está calculado en \$ 2.520”.

Pugna por los médicos entre el hospital y el mutualismo

Los esfuerzos por la organización del futuro hospital tropezaron, en el mismo momento en que se comenzó a buscar el personal profesional que estaría allí trabajando, con la singular problemática de un enfrentamiento de intere-

ses y de pugna por los médicos entre los propios floridenses que impulsaban aquel servicio de salud que debería atender a los menos favorecidos económicamente...

La pugna se suscitó desde la propia escasez de médicos que la ciudad tenía por entonces y -en especial- por los servicios de aquellos profesionales que habían logrado mayor prestigio por su eficiencia. Cuando desde el hospital se pensó en contar con el concurso de estos médicos apareció una sutil pero muy decidida oposición de las mutualistas lugareñas, que se empeñaron en mantener en exclusiva a aquellos mismos profesionales.

Lo curioso de este episodio estuvo en que en las comisiones de aquellas instituciones privadas estaban las mismas personas que integraban la comisión que trabajaba en pro del hospital.

Más allá de lo pintoresco de esta pulseada, que signó el entresiglo floridense, queda claro que aquel primer concepto de Hospital de Caridad de Florida (o “de menesterosos” como solía llamársele) se pretendía como un “complemento” de la comunidad, pero que no mellara ni compitiera con los servicios de salud privados, que aseguraban la mejor atención a la clase dirigente.

Los propios médicos -que se vieron en medio del tironeo- fueron los que zanjaron la disputa con actitudes que merecen ser especialmente valoradas desde los tiempos por lo que representaron como ejemplo de ética profesional.

“La Voz de Florida” consignaba, el 27 de mayo de 1900, “Las renunciaciones de Gagliardi, Sagasetta y Guglielmetti a las sociedades médicas”, con lo que los tres prestigiosos profesionales optaban por darle todo su empuje al hospital,

De la caridad

Como resulta evidente, hasta de la denominación de la comisión de Notables que trabajó en su concreción, el hospital sería para la atención de más humildes y de los menesterosos, aquellos que no podían pagar la atención privada que ofrecían las mutualistas citadas y aún otras conformadas más recientemente.

Tal era la resultante de la generosidad pero también de la comprensión que la salud de la comunidad dependía del cuidado de todos sus individuos, lección aprendida tristemente desde el temor al contagio de enfermedades crueles como la tuberculosis y las epidemias de enfermedades contagiosas que se habían sufrido: de tífus en 1864 y de viruela en 1901 (esta última incluso obligó a usar una de las habitaciones de la antigua casa de Enciso como espacio de internación de emergencia).



■ Al iniciar el siglo XX, Florida aún se apretaba alrededor de la Plaza Asamblea, con menos de un centenar de manzanas.



signando decididamente lo que serían todos los pasos de futuro al respecto y afirmando así una concepción mucho más ambiciosa para ésta concreción.

Entre las repercusiones inmediatas que tuvo aquella postura destacó que las instituciones privadas asumieron la necesidad de “compartir” a sus profesionales a la vez que debieron reforzar su personal, posibilitando un rápido crecimiento del número de médicos en la ciudad. El mismo bi semanario consignaba a mediados de junio de ese mismo año que “llegó por el tren de Montevideo, el médico Dr. Morató, hermano político de los señores Atanasio Sierra y José M. Dubois.. Viene a solicitud de las Sociedades de Socorros Mutuos, con la intención de radicarse definitivamente entre nosotros”.

Asimismo, en julio de 1903, este periódico consignaba que también “debe establecer su consultorio en nuestra ciudad, el nuevo médico, doctor Félix Nogueira”.



■ Las primeras construcciones del Hospital de Aislamiento instalado en la antigua casa de campo de Doroteo Enciso.

De Casa de Aislamiento a un Hospital público

En 1885, cuando se adquiere el terreno y construcciones del general Dorotheo Enciso, el gobierno local -a cargo de una Junta Económico Administrativa (JEA)- aprobó un impuesto al abasto para que las Comisiones Administrativas del Hospital de Caridad de Florida lo utilizaran en los arreglos que el local necesitaba y la compra de materiales indispensables para su funcionamiento.

POR UN LUGAR DE AISLAMIENTO

Los primeros arreglos fueron para afectar esas construcciones en casos de emergencia tales como guerra o epidemias, a la vez que la Comisión de Caridad aportó -desde el primer momento- un “botiquín anexo para menesterosos”.

El empuje inicial pareció ralentarse después de tales concreciones y debió pasar más de una década para que el interés por el hospital convocara actividades concretas nuevamente. El segundo período de trabajo se da ya en

Aquel tiempo fermental

A poco más de un lustro de haber sido elevada a la categoría de ciudad, la Florida del entresiglos tenía como único acceso desde el sur el Paso Viejo. En 1902 se agregaría La Calzada, mientras que un lustro más tarde se iniciarían los trabajos para la construcción del puente de la Piedra Alta.

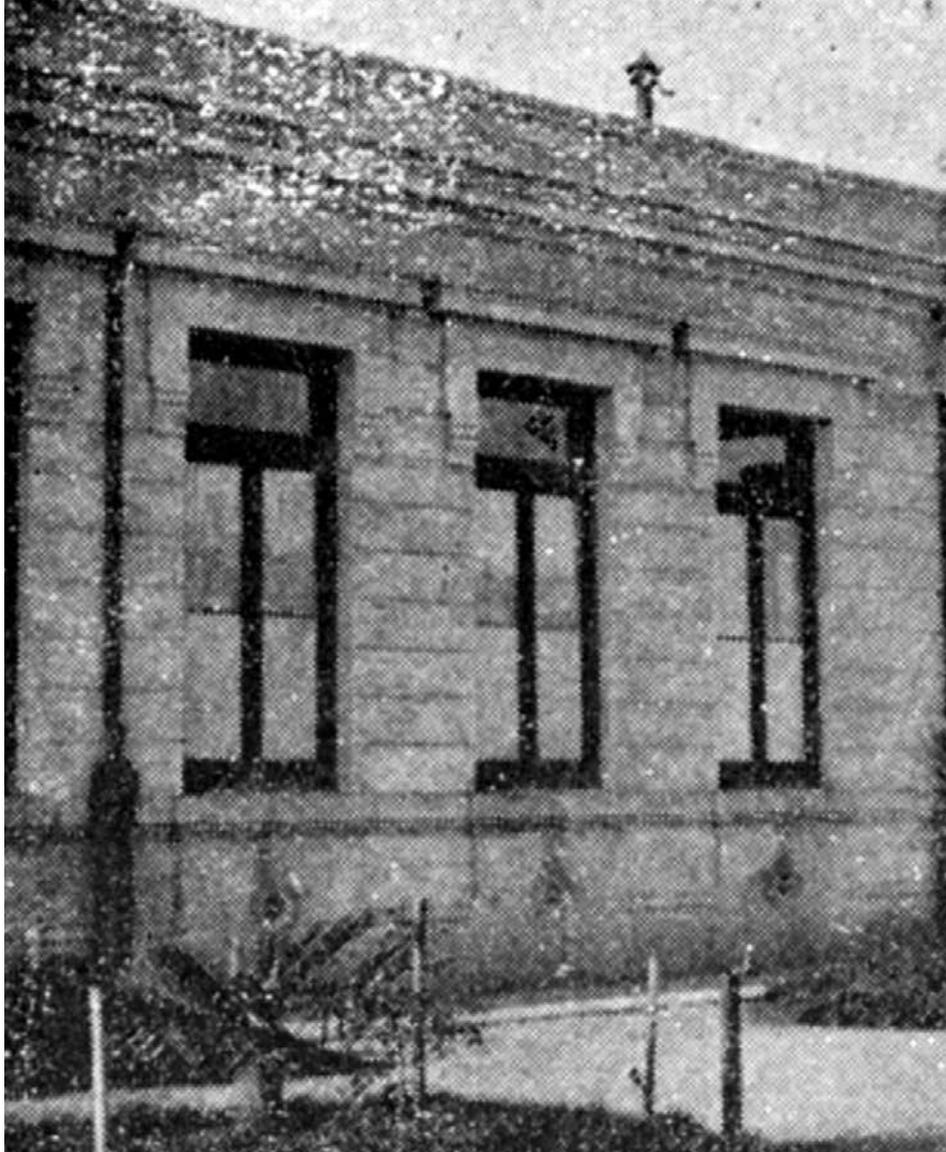
Las calles aún eran de tierra y recién aparecían las edificaciones de dos plantas.

El ferrocarril aún contaba con la vieja estación, construida en 1872.

Al avance del telégrafo se había sumado el teléfono y -en 1906- comenzaba a instalarse la luz eléctrica. Llegaban también las primeras grabaciones sonoras y el cine mudo.

La preocupación por la educación sistemática multiplicaba escuelas públicas y privadas, contándose también con instituciones secundarias como liceo universitario, Colegio del Huerto y Escuela Agrícola.

La ciudad estrenaba nuevos cementerio e hipódromo, iniciando una etapa de excepcional empuje en concreciones, que se extendería por tres lustros.



■ Construcciones que hacen el Centenario.

el entresiglos, seguramente empujado por los desastres que supuso la guerra civil de 1897 (que tuvo gran influencia en nuestro departamento) y la certeza de muchos respecto de la inminencia de otra conflagración intestina en la república. No azarosamente fue en 1897 que se fundó la Cruz Roja de Florida.

En 1900 se informaba: “Muy adelantados se encuentran ya los trabajos que se hacen en la casa Municipal de Sanidad, por cuenta de la Comisión de Caridad, para poner ese edificio en condiciones de servir de hospital para los



enfermos pobres, hasta tanto pueda construirse uno que llene todas las necesidades locales, con arreglo a los últimos dictados de la ciencia. Tan pronto esté terminado se le dotará del mobiliario correspondiente, habilitándosele para el servicio público”.

En enero de 1901 se consignaba que “Andrés Martinucci entregó obras de refacción del hospital”.

Para entonces el servicio de salud para menesterosos ya contaba con los servicios médicos de los doctores J. Ponce de León, J. Guglielmetti, H. Gagliardi

y E. Morató, y un encargado de los servicios de botiquín y consulta, el Sr. Apolinario Ledesma (anteriormente la señora Ceferina Enciso de Catalorda, que también ofició como la primera enfermera de nuestra historia, cuando allí se aislaba y trataba a enfermos contagiosos).

INICIAN LAS NUEVAS CONSTRUCCIONES

En el año 1902 se adquiere el terreno lindero norte, donde la Comisión de Caridad, con fondos del impuesto cobrado, construye el pabellón principal con dos salas de guardia, cuarto de curaciones, baños e inodoros.

En junio de ese mismo año “La Voz de Florida” daba a conocer que “Una Comisión compuesta de los señores doctor Joaquín Ponce De León, ingeniero Arturo V. Rodríguez y diputados don Solano A. Riestra y don Ventura Enciso, se presentó anteayer al ministerio de Gobierno, para solicitar se activen las diligencias tendientes a conseguir la autorización necesaria para la construcción de un pabellón en el Hospital de nuestra ciudad.. El señor Mac Eachen atendió deferentemente a los comisionados y les prometió poner de su parte el empeño posible a fin de conseguir lo solicitado. Al efecto, ordenó de inmediato se pasara el expediente al ministerio de Fomento, para que pase a informe del Departamento N. de Ingenieros, con el encargo especial de un pronto despacho en ambas reparticiones”.

El mismo periódico consignaba en agosto de 1903 que “El constructor señor Ángel Corti ha dado principio a la construcción, por cuenta de la Comisión de Caridad, de un pabellón para enfermos en el centro del terreno, cuyo plano y presupuesto pertenece al ingeniero Arturo V. Rodríguez. Actualmente gestiona la misma Comisión de Caridad, la autorización del Gobierno para construir a los fondos del Hospital, una casa de aislamiento tanto o más necesaria entre nosotros que el propio Hospital, sin descuidar por eso el despacho de recetas a los pobres en la botica establecida con ese objeto en el mismo edificio”.

En 1905 la Comisión de Caridad libraba al público el pabellón de aislamiento formado por seis piezas con dos baños y dos inodoros. Presiden la comisión los

La población en el entresiglos

Cuando el departamento de Florida iniciaba el siglo XX contaba con una población total de 45.406 individuos, discriminados de la siguiente forma:

* En el medio rural-	32.423
* En la ciudad de Florida-	6.876
* En los demás centros poblados-	6.107

Sres. Andrés de Grossi (activo floridense que integró la comisión de la primera biblioteca pública) y Juan Cuesta.

CONCRECIÓN DESDE LA ÓRBITA MUNICIPAL

En el año 1907 se producen cambios trascendentes en la larga gesta del hospital porque, en la inminencia de la creación de las intendencias municipales (que sustituyen por un sistema más funcional y ejecutivo el antiguo sistema de autoridad de las JEA y jefes políticos), esta nueva institución pasaría a administrar directamente las propiedades y los fondos del hospital, cesando la Comisión de Caridad

El empuje será decisivo. Se construyen dos pabellones más y al año siguiente se pondrá en pleno funcionamiento el hospital, ya con características precisas de centro de salud destinado a atender a todos aquellos económicamente impedidos de afiliarse a los servicios mutuales.

Un cambio de perspectiva que cambió a la sociedad

Hasta fines del XIX las curaciones se hacían en los domicilios particulares y en casas que se habilitaban a tales efectos para contagiosos graves. Por entonces regía una disposición general que llamaba a los propietarios de esas casas de enfermos a declarar su existencia ante las autoridades locales.

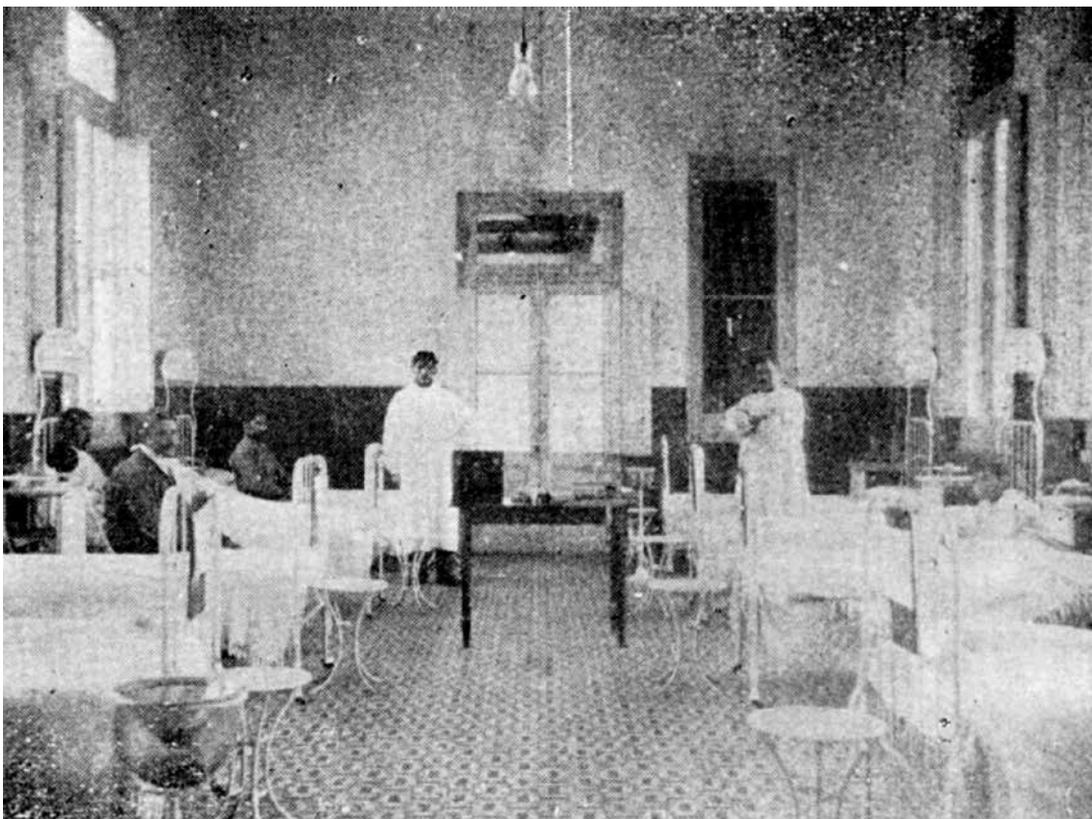
Asimismo se recuerda, a comienzos del XX, un sanatorio provisorio instalado en el ex Hotel Molina, hoy Liceo N°2 “Quim. Don Andrés Martínez Trueba”, en la intersección de las céntricas calles Independencia y Joaquín Suárez.

Desde aquella iniciativa inaugural de contar con un lugar de aislamiento para evitar las enfermedades contagiosas y con los auxilios humanitarios en tiempos de guerra, a la concreción del hospital, con todos los servicios posibles en la época, mucho se había cambiado desde el impulso de una nueva mentalidad que comprendía la necesidad del cuidado de la salud en el todo del cuerpo social, por ser de justicia en lo individual y de conveniencia en lo colectivo.

En 1901 se anunciaba que “Entre los médicos y farmacéuticos de nuestra ciudad, ha surgido la iniciativa de fundar una sociedad de socorros mutuos” denominada La Médica que admitía “socios mediante una cuota mensual de un peso para los solteros y un peso 50 centésimos para la familia. Mediante esa cuota tendrán los primeros para sí, y las últimas para todos los miembros de ella, el derecho de la asistencia médica en caso de enfermedad, botica, subsidio pecuniario y servicio fúnebre en caso de fallecimiento. Solo serán admitidos en la asociación los pobres, industriales y personas que viven de profesión liberal o empleo público siempre que no sean capitalistas”.

Un servicio mutuo con los propios médicos como empresarios en el interés concreto de asegurar atención de la salud a un amplio sector de la sociedad que no accedía a la cobertura de las anteriores instituciones de socorro mutuo.

El protagonismo de los profesionales de la salud aún siguió creciendo desde ese interés de llegar a todos, lo que se corroboraba en el acuerdo concretado en setiembre de 1903, que la prensa consignó señalando que los médicos se organizaron “formando trust, y han acordado una tarifa de asistencia médica”.



■ La primera Sala de Hombres con que contara el hospital.
Al fondo los médicos Guglielmetti y Gagliardi.

Ambas iniciativas tuvieron importante resistencia desde las mutualistas anteriores, pero resultaron de muy positivo aporte a la luz de los resultados que obtuvieron. La Médica lograba una asombrosa inscripción inicial sin quitarle socios a aquellas, en tanto las tarifas de consultorio privado colaboraron para que la gente optara por los servicios mutuales.

Ambas consecuencias “aliviaron” al propio hospital en sus azarosos inicios.

La fundación del hospital el 25 de agosto de 1908



■ Dr. Juan Gugliemetti, primer médico del hospital.

Serán el Dr. Ursino Barreiro (presidente de la Junta Económico Administrativa y primer intendente de Florida) y el médico Dr. Juan Gugliemetti quienes, luego de organizar el servicio técnico y comprar mobiliario y lencería, habilitarán definitivamente el servicio que prestará el Hospital de Florida.

El 21 de agosto de 1908 la prensa local informaba que “Se están ultimando los preparativos para inaugurar el 25 el Hospital de Caridad. A tal efecto se procede apresuradamente a terminar las obras de carpintería y las instalacio-

nes eléctricas, así como las de servicio de aguas en todo el establecimiento. Ayer regresó de la capital el Dr. Guglielmetti que fue con el objeto de adquirir todo el material necesario para la sala de cirugía. Este facultativo ha resuelto donar la mesa de operaciones de dicha sala. La inauguración se festejará con un lunch en el Hospital”.

Y TODOS SUMARON A LA INAUGURACIÓN

Como acto principal de la conmemoración de la Declaratoria de la Independencia Nacional, aquel 25 de agosto de 1908 se procedió a la inauguración formal del Hospital de Florida.

La prensa local señalaba con emocionada aprobación: “Esa obra grande y humanitaria, cuya necesidad se hacía más sensible a medida que la población aumentaba se debe al esfuerzo combinado del señor intendente municipal y de los filántropos doctores Juan Guglielmetti, Joaquín Ponce de León, Herme-negildo Gagliardi, Alejandro Fernández, Ernesto Morato y Francisco Sagasetta, quienes sin escatimar sacrificios coadyuvaron arduosamente a su realización”.

Según las notas de prensa el acto tuvo un muy singular realce y adhesión de la comunidad. Así se lo describió en una crónica: “El acto de su inauguración revistió todos los caracteres de una gran fiesta social, concurriendo a darle mayor brillo y solemnidad la presencia de las damas y señoritas más distinguidas con que cuenta la sociedad de Florida. Las fuerzas de la guarnición, al mando de su jefe el teniente coronel don Víctor Serrato, hicieron los honores militares presentando armas, y la banda de música tocó el Himno Nacional en el preciso momento en que se perdían en el espacio las palabras del Intendente declarando librada al servicio de los necesitados aquella casa de la Caridad. El público regocijado oyó luego el brillante discurso en que el doctor Juan Guglielmetti le pedía su concurso, para que aquella Santa Casa pudiera contar siempre con su apoyo en beneficio de los que sufren”.

Aquel primer hospital y el orgullo floridense



■ Imagen del Hospital de Florida en sus primeros años.

A pesar que los depositarios locales no guardaron imágenes de aquel hospital inicial, los cronistas de la época nos legaron descripciones especialmente puntuales y minuciosas, que permiten tener una idea muy aproximada de cómo era y funcionaba aquel primer hospital.

LAS INSTALACIONES

“Consta el edificio de tres cuerpos científicamente distribuidos. La administración, policlínica, sala de operaciones y odontológica, botica, comedor y depósito ocupan el primer cuerpo; la sala para mujeres y la sala para hombres el segundo; el tercero está destinado para pensionistas. Cuenta, además, con todos los departamentos para un buen servicio, cuartos de baño, cocina, despensa, etc, y tiene una completa iluminación de luz eléctrica”.

A ello se agregaba que “En uno de los ángulos del perímetro que ocupa el edificio, está el huerto; se cultiva también un precioso jardín, y tiene pozo con molino de viento y cañerías para todas las dependencias”.

SU ORGANIZACIÓN

La Intendencia nombraba a los médicos -eran honorarios y los servicios que atendían eran rotativos cada seis meses- contando con un Administrador, responsabilidad que fuera confiada al Sr. Carlos Cabeza.

Los médicos que atendieron la nueva institución fueron Juan Guglielmetti, Joaquín Ponce de León, Ernesto Morató, Alejandro Fernández y Hermenegildo Gagliardi, todos residentes en la localidad.

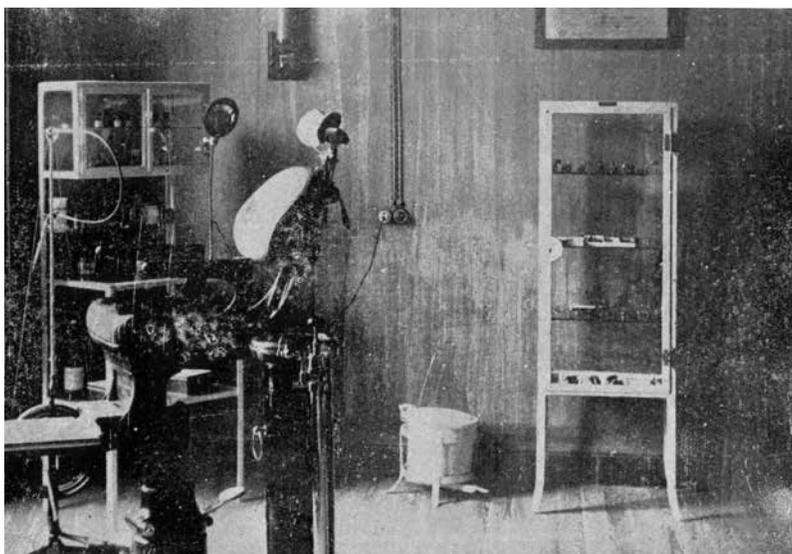
Además de los referidos médicos y administrador, el personal de aquel hospital inaugural incluía “un boticario, dos enfermeros, dos enfermeras, un jardinero, una cocinera y dos sirvientas y porteros”.

En los primeros días de octubre de ese mismo año se consignaba que “Ha quedado inaugurada la policlínica del Hospital de nuestra ciudad para cuya dirección ha sido designado al ilustre y querido facultativo doctor Guglielmetti. Llamamos la atención sobre el aviso respectivo. Como se verá, las consultas gratis que antes evacuaban los facultativos en sus consultorios particulares, sólo serán atendidas en el Hospital no facilitándose ningún medicamento que no proceda de dicho consultorio. El doctor Guglielmetti atenderá su consultorio particular todos los días hábiles de 7 a 8 a.m. y de 1 a 3 p.m.”.

LA POLICLÍNICA DEL HOSPITAL

Se avisa a los pobres de esta ciudad que ha quedado establecida la policlínica de Hospital, donde serán atendidos todos los días hábiles, de 3 a 5 de la tarde. Se previene que los médicos no atenderán dichos enfermos en sus consultorios particulares, y que, por lo tanto, deberán concurrir forzosamente al Hospital. Para ser hospitalizados y proveerse de medicamentos gratis los pobres necesitan munirse de un certificado del juez de Paz que acredite su falta de recursos. Dicho certificado no será válido luego de 15 días de expedido. Los enfermos que ingresen como pobres si se comprueba luego que son pudientes, deberán abonar las pensiones que hayan devengado al Hospital.

La Administración.



■ La primera sala de odontología.

Los primeros servicios con el apoyo de todos

Si grande y destacado resultó aquel acto de inauguración y los inmediatos nuevos servicios que se fueron librando al uso comunitario, no menos destacables y positivos resultaron a la opinión los primeros tiempos de actividad del hospital.

El hospital era librado al público el 5 de octubre de 1908 y el 27 de ese mes “La Voz de Florida” enfatizaba bajo el título de “Primeras operaciones”: “Son ya evidentes los beneficios que se esperaban de la institución de caridad recientemente inaugurada. El número de los que se asisten actualmente en el Hospital llega actualmente a 12, entre pensionistas y hospitalizados pobres. La sala de operaciones estrenose seriamente el sábado con dos operaciones de importancia, verificadas a las señoras Lucía Lemos de González y Filomena Suárez, operadas con éxito por los doctores Fernández y Morató, respectivamente. Ambas enfermas se encuentran fuera de peligro. El domingo el doctor Morató operó un soldado del escuadrón de caballería atacado de tétano”.

DESDE LA COMUNIDAD

A fines de octubre se consignaba “el generoso proceder de dos damas de nuestra sociedad que han querido contribuir al mejor éxito de aquella institución: las señoras de Olarte y Furriol que regalaron, la primera una cuna con

todos sus accesorios y la segunda alguna ropa para criatura, proceder que debiera generalizarse entre las damas de Florida”.

Dos semanas más tarde se agregaba: “A las donaciones expresadas en un número anterior a favor del Hospital de Caridad, tenemos hoy que agregar la de los señores Pedro Pastorini (hijo) que donó 5.000 kilos de carbón mineral y la del señor Santiago Britos consistente en 45 metros de piedra. El ejemplo, pues, va cundiendo y de desear sería que nuestros hombres pudientes prestaran su concurso para ayudar a la obra de caridad emprendida”.

LOS NÚMEROS DE ENTONCES

Al iniciar la segunda semana de noviembre de 1908 la prensa daba cuenta de concreciones. “He aquí algunos datos del movimiento habido en el Hospital. En la policlínica, a cargo del doctor Guglielmetti, se han expedido en el mes de octubre 199 recetas, habiéndose hecho 59 curaciones. En la última semana de octubre y en la primera de noviembre entraron 14 asilados y salieron 6; quedan, pues, 8 en asistencia. En la clínica odontológica se han practicado 5 extracciones”.

EN APUNTES

* Entre 1896 y 1917 en Florida el quiste hidático, considerado enfermedad rural, se multiplicó por 14.

* En 1916 Florida es el departamento más medicalizado, llegando al 36% aún por encima de su muy abultada población rural.

Un grande de la medicina: el Dr. Juan Guglielmetti



■ Guglielmetti aún anciano nunca dejó de trabajar por y para la comunidad.

El Dr. Juan Guglielmetti, decidido gestor y organizador del hospital de Florida, orador en su día inaugural y primer director técnico de sus servicios, llegó a constituirse en una leyenda viviente en la Florida que lo conociera durante medio siglo de intensa actividad, excediendo ampliamente incluso sus deberes de apasionado profesional de la salud para marcar hitos inolvidables desde su generosidad, profunda vocación de servicio, constante preocupación por la cultura y destacada estatura cívica.

La memoria perpetua

"Médico con alma de artista y corazón de apóstol. Vivió para su pueblo y éste vivo lo tiene en la muerte"

Tal la inscripción que presenta el busto de Guglielmetti, decidido por el gobierno departamental en 1955 y emplazado en la avenida que lleva su nombre. Fue realizado por su amigo personal, el famoso escultor José Belloni.

Nacido en Montevideo el 1º de setiembre de 1866, se recibió de médico en 1889 y casi de inmediato se radicó en nuestra ciudad, donde ejerció su profesión desde los más variados ámbitos.

Aquí murió, ya anciano -rodeado de afecto y admiración- el 11 de julio de 1943.

La ciudad de Florida honró su memoria dándole su nombre a la primera avenida enjardinada que tuviera y también a una de sus escuelas céntricas.

El recuerdo de la sobria volanta que se detenía ante las viviendas más humildes asegurando el auxilio generoso del médico, que incluso aportaba los medicamentos sin costo (asumiéndolos él mismo) cuando era necesario, hace una estampa de aquel -de su carácter cariñosamente rezongón- y se yuxtapone con el de sus famosas tertulias culturales y de su casi infaltable presencia en los lances caballerescos de la época, cuanto los duelistas floridenses siempre confiaban en él para resolver sobre los modos de asegurar el honor y la integridad física.

Guglielmetti se multiplicó en tales roles hasta el mismo final de su vida, aún cuando ya había debido jubilarse, siendo médico, amigo y patriarca en tanto tuvo aliento vital.

APORTE DEFINITORIO PARA EL HOSPITAL

En 1891 Guglielmetti fue nombrado médico policial y ya -desde entonces, siendo también médico mutua y teniendo consultorio privado- comenzó a trabajar gratuitamente para la concreción del hospital de Florida.

Bajo el título de "Muy honroso para el Dr. Guglielmetti" La Voz de Florida consignaba en abril de 1902 "Conocíamos desde hace tiempo la fama que como médico caritativo gozaba, entre la clase pobre de nuestra ciudad, el apreciable facultativo doctor Juan Guglielmetti. Pero, su modestia, su desprendimiento mismo, impedían que sus hechos humanitarios trascendieran hasta nosotros en toda su evidencia. Ahora, con motivo de su nombramiento de médico de la casa de aislamiento, hemos podido comprobar la justicia con que se considera al doctor Guglielmetti, un verdadero apóstol en su profesión.



■ El sepelio de don Juan Guglielmetti fue una enorme e intensa demostración de amor y admiración popular.



Aparte de los peligros que aun al médico alcanzan cuando tiene que asistir enfermedades contagiosísimas como la viruela, el doctor Guglielmetti, cuya salud es bastante delicada, tiene en su favor o mejor dicho, en contra de sí propio, la dedicación que presta a sus enfermos, sean ellos pobres o ricos. Por eso no nos ha extrañado el pedido que a nuestra imprenta han venido a formular algunos vecinos, a fin de que hagamos oír nuestra palabra, para tratar de conseguir que se nombre algún otro médico o practicante, si es posible, que acompañe al doctor Guglielmetti, compartiendo su abrumadora y penosa tarea en la casa de aislamiento. No solo encontramos justo el pedido de aquellos señores, sino que creemos indispensable que se le dé un ayudante, pues no es posible que él solo atienda a tantos enfermos, amén de los demás que asiste entre el poverrío y toda su clientela”.

En mayo del mismo año desde esta misma publicación se destaca: “El Superior Gobierno ha prestado atención a la propuesta formulada por el Consejo Nacional de Higiene, a favor del doctor Juan Guglielmetti, para desempeñar las funciones de médico de la casa de Aislamiento, con una asignación mensual de ochenta pesos. Aplaudimos el acertado nombramiento del Gobierno, que ha venido a premiar los desvelos del querido médico que en horas críticas prestó con todo desinterés su asidua y competente asistencia a los atacados de viruela”.

Tales juicios de sus conciudadanos explican claramente el por qué a él le confió el intendente Ursino Barreiro el alhajamiento y organización del hospital, oportunidad en que también se sumó donando (a costo personal) a la institución algunos de los elementos básicos de mayor precio.

Siempre primero los más débiles

“Días pasados, en circunstancias en que paseaban en carruaje por el camino del Cerro el doctor Juan Guglielmetti, el señor Furriol y cuatro niños de Cadórniga Ponce de León, desbocáronse los caballos del carruaje. La violencia de la carrera hizo saltar de su sitio al cochero, y los caballos, sin gobierno, prosiguieron en su carrera. El doctor Guglielmetti y el señor Furriol, fueron arrojando uno por uno los niños que los acompañaban, concluyendo ellos mismos por hacer lo propio. En la caída sólo sufrieron algunas contusiones el señor Furriol y un niño del doctor Ponce de León, aunque no de gravedad, resultando ilesos el apreciable facultativo y los demás niños. El carruaje volcó en una zanja del costado del camino”.

La Voz de Florida 15 de diciembre de 1908.

EN UNA SÍNTESIS SIN PARANGÓN

Guglielmetti fue médico de Salud Pública en los períodos 1893-1909 y 1911-1926.

En 1917 fue nombrado Médico “ad honorem” del Hospital de Florida.

Cuando la epidemia gripal de 1919 fue nombrado médico municipal.

En 1926, al límite de la edad, debe acogerse a los beneficios jubilatorios, pero seguirá trabajando en todos los ámbitos posibles.

En la década de los 30 integra la Comisión Auxiliar de Salud Pública de Florida.

En 1936 -por decreto del Poder Ejecutivo- se le otorga la Medalla de Abnegación, premio a “sus excepcionales servicios a la humanidad y la ciencia”.

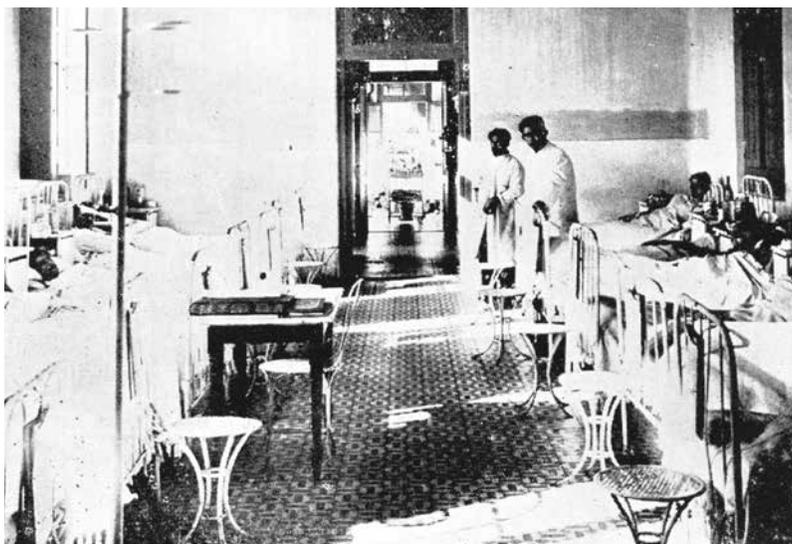
Vertiginoso proceso en las primeras décadas

La organización de los servicios de salud pública en nuestra ciudad y luego en todo el departamento tuvo una etapa de gran desarrollo en las primeras décadas inmediatas a la creación del hospital, lo que también supuso trascendentes cambios en lo institucional y legal.

En agosto de 1911 el intendente de Florida Don Augusto Icasuriaga hizo entrega -bajo riguroso inventario- del Hospital al director de Asistencia Pública Nacional Dr. José Scosería, lo que impuso una nueva organización técnica y de encargados de servicios.

El hospital dejaba de estar vinculado (y sustentado) por el gobierno municipal para incorporarse a la órbita nacional. Sin embargo siguieron a su frente los médicos ya referidos hasta 1916, cuando el gobierno nombra formalmente un Director.

La Voz de Florida consignaba, en su edición del 19 de setiembre de 1916: "El gobierno acaba de nombrar como Director del Hospital al Dr. Modesto Etchepare



■ La Sala de Hombres en 1925.

en sustitución del Dr. Alejandro Fernández. Será secundado por el Dr. Ernesto Galmés”.

Es en este período que se cierran los corredores y se logra el aparato de rayos X.

En 1920 se ampliaban los servicios con médicos de policlínica, asistencia domiciliaria, partera y dentista. Se incorpora, como médico de sala y de asistencia domiciliaria, el paraguayo Dr. Fernando Abente Haedo, nombrándose también al Dr. Manuel Gortari como médico adjunto.

En 1922 el Dr. Abente pasa a ocupar el cargo de director interino y -hasta 1926, en que renuncia- se aboca a modernizar y ampliar el Hospital.

Las noticias del hospital eran constante interés

Con el común título de “En el hospital”, casi como si se tratara de una sección permanente, el periódico “La Voz de Florida” informaba constantemente de los avances y logros del nuevo hospital de Florida.

Tal celo periodístico, durante la primera década del hospital, se debió al interés social que éste despertó y también a la constante de sus logros y mejoras.

Aquí algunas de las noticias más destacadas...

En setiembre de 1913: “Siguen aplicándose con éxito en el Hospital Florida los anestésicos locales, especialmente la Novocaína”.

En marzo de 1915 “Los doctores Alejandro Fernández y Modesto Etchepare, practicaron una difícil operación a un niño de José Bayona, en el Hospital Florida. En tecnicismo médico dicha operación se denomina doble piñ Bot congénito. El mayor éxito coronó el hábil trabajo de los reputados facultativos, preparando de un pequeño ser deforme en sus extremidades inferiores, un hombre del mañana sano”.

En diciembre de 1916: “Fue operado de una hernia con éxito lisonjero por los doctores Modesto Etchepare y Ernesto L. Galmés el antiguo vecino de esta ciudad José María Echeverría. Su estado es satisfactorio”.

La Gota de Leche

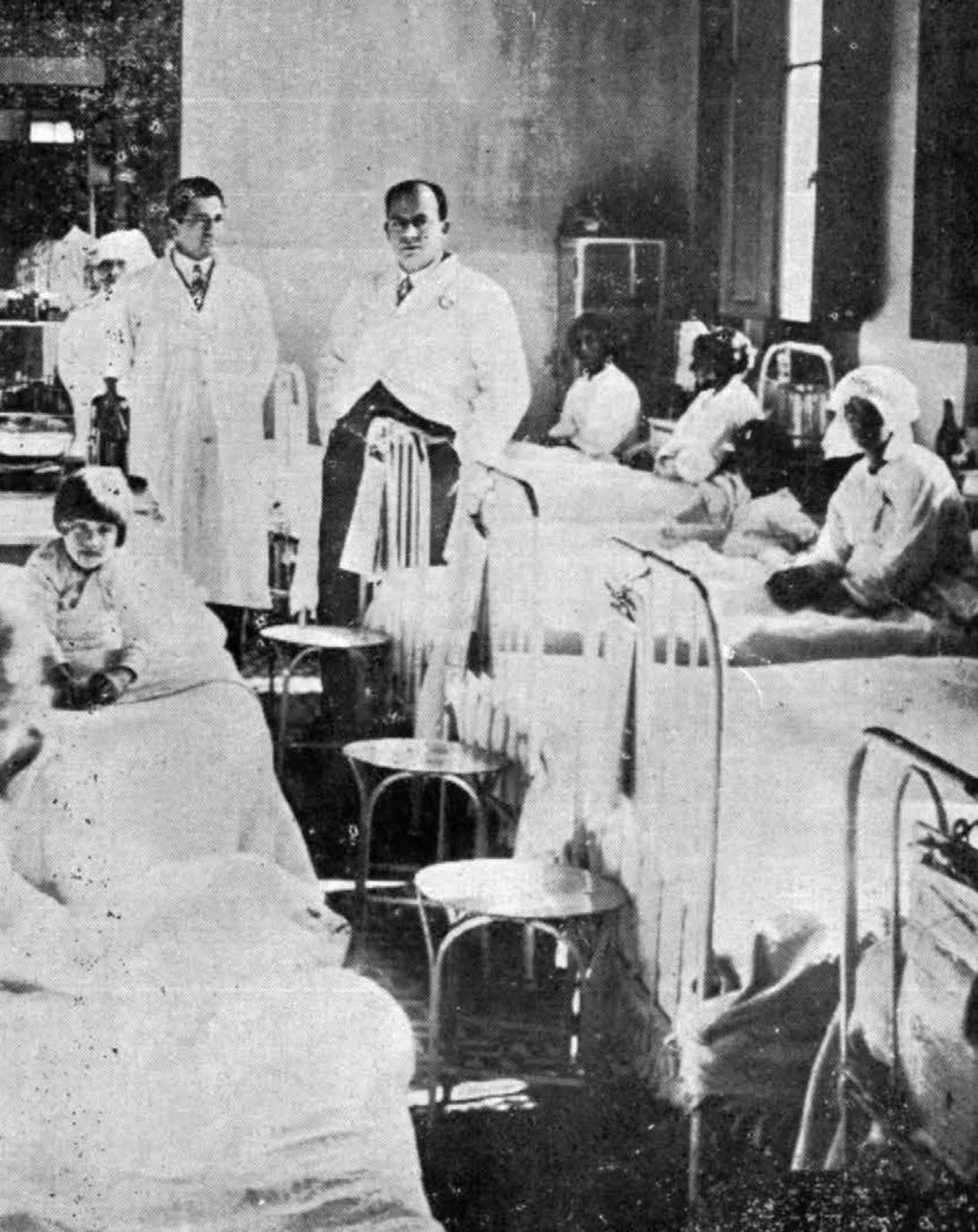
Fundada el 15 de enero de 1923. tuvo como primer director al Dr. Ernesto Galmés. En esta policlínica para niños se fomentaba el uso de la leche para la correcta alimentación de niños y bebés y se les entregaba leche fresca a las madres que no podían adquirirla.

En ese año asistieron 1.230 niños, se realizaron 5.850 consultas y se protegieron con la “Gota de Leche” 115 niños.

En 1926 el Dr. Felipe Guerra fue nombrado jefe de este servicio, iniciando un período de muy creciente cobertura.



■ La Sala de Mujeres. Imagen tomada cuando se conmemoraba en Florida el Centenario de la Declaratoria de la Independencia.



SERVICIOS MÉDICOS SE MULTIPLICAN

Durante su segunda década de existencia el hospital de Florida se vio favorecido por la conmemoración nacional del Centenario de la declaratoria de la Independencia. Así en abril de 1925 -a poco más de tres lustros de existencia- lograba la dignidad de ser “colocado como hospital de primera categoría. Esto redundará en un mejor presupuesto y probables ampliaciones”.

En julio de ese mismo año el Dr. Oscar R. González era nombrado “como médico policial en sustitución del Dr. Juan Guglielmetti quien se jubiló”.

En enero de 1928 el movimiento médico de la ciudad se hacía notar con dos noticias complementarias tituladas Los grandes progresos locales: se abría el “Sanatorio Florida de Tomás Molina” y “La clínica de los Dres. Abente Haedo y Gortari”.

En tanto también se informaba de “Amplias mejoras en el Hospital Florida” y de “Nuevas obras de ampliación”.

En junio de ese año se informaba: “Servicio de Infecto Contagioso anexo al Hospital. Fue votada en el Senado una partida para su puesta en funcionamiento”.

El año 1928 cerraba con una noticia resonante: “Una notable operación. Herida de pericardio. Dres. Abente Haedo y Gortari”.

Aquel médico definitorio: Fernando Abente Haedo



■ Monumento en recuerdo del Dr. Abente Haedo, emplazado en el Prado Piedra Alta.

El Dr. Fernando Abente Haedo marcó un hito en la historia de la medicina lugareña, constituyéndose en un personaje de ribetes casi románticos, entre los logros absolutamente novedosos (y casi asombrosos en varios casos) que impuso en lo profesional y sus aventuras como decidido patriota paraguayo durante la Guerra del Chaco, cultivando una muy íntima amistad con el héroe de esa contienda, don Félix Estigarrovia, que llegara a ser presidente de Paraguay.

Abente había nacido en Paraguay, en 1893, y como tantos latinoamericanos de la época llegó a Montevideo para cursar sus estudios en nuestra facultad de Medicina.

La prensa local anunció su llegada a Florida, para instalarse aquí, en agosto de 1920.

Su renombre como lúcido y eficiente profesional creció de inmediato. En setiembre de ese mismo año se consignaba una “Exitosa operación realizada por los doctores Galmés y Abente Haedo al Sr. José Trigo”.

Sobre finales de ese año contrae nupcias con la floridense Carmen Urioste.

Para entonces el hospital exhibía “deficiencias del servicio” y se registraban

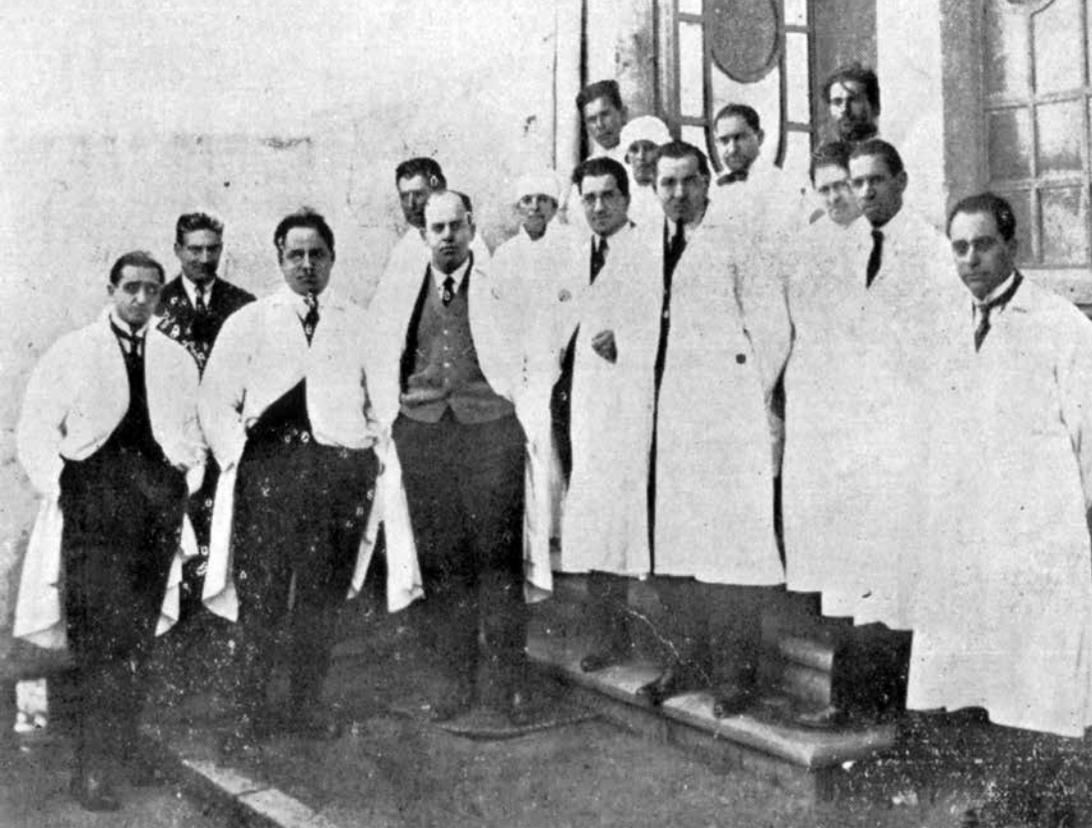
Las dos primeras décadas en acelerado crecimiento

Las cifras con que el hospital fue dando cuenta de los primeros años de su hacer no solamente resultan clara expresión de la penetración que sus servicios tuvieron en la comunidad en la medida en que eran conocidos, sino también de cambios en los propios criterios médicos y del constante interés por agregar nuevos servicios.

Aquí una muestra de sus dos primera décadas de actividad (el año 1909 reúne también las cifras correspondientes a los meses de 1908).

	1909	1915	1920	1925	1930
Enfermos ingresados:	168	371	464	809	866
Promedio de mortalidad:	9,8	8,35	8,6	7,3	6,8
Operaciones practicadas:	97	9.567	353	332	266
Curaciones:	1.582	4.837	5.068	7.841	8.146
Recetas expedidas:	5.364	5.600	6.704	13.047	18.687
Extrac: Odontológicas:	296	880	1.174	932	902

En el año 1926 se habilitaban los Análisis de Laboratorio, registrando entonces un total de 898 servicios. Para el año 1930 éstos ya se situaban en 1.228.



■ El cuerpo médico del hospital cuando Abente Haedo ocupaba la dirección. Se lo ubica al centro con la túnica desprendida y su constante de manos en los bolsillos.

“denuncias por mala atención” y este joven y emprendedor profesional apareció como la gran solución.

“La Voz de Florida” testimonia sus avances. En enero de 1921, bajo el título de Un buen nombramiento señala “Ha sido nombrado jefe de la policlínica de Sífilis el Dr. Abente Haedo”.

En febrero se señala una “Operación de apendicitis en el Hospital por los Dres. Abente Haedo y Gortari. La paciente se encuentra grave”. En junio, bajo el título de Importante operación se consigna una “Resección intestinal por herida de bala. Dres. Abente Haedo y Modesto Etchepare”.

Al año siguiente es nombrado director interino del hospital, cargo que ocupará por tres años con brillantes concreciones.

El mismo periódico consigna -en febrero de 1922- una operación realizada por los “Dres. Abente Haedo, González y Gortari y con la presencia del Dr. Juan Guglielmetti, con transfusión de sangre”.

En enero de 1923: “Policlínica de niños. Abrirá el 15 de enero en el Hospital Florida. Funcionará en la calle 18 de Julio entre Calleros y Doroteo Enciso Atenderá a niños hasta 10 años. Estará a cargo del Dr. Ernesto Galmés”.

En julio de 1924 se consigna que “Visitó el hospital el Arq. Giuria. Se ha proyectado (Por el Dr. F. Abente Haedo) un pabellón de Maternidad que se instalará probablemente en la esquina oeste (18 de Julio y B. Brum)”.

En tanto Abente publicó varias monografías sobre medicina aplicada y se multiplicaba con conferencias respecto del tratamiento y profilaxis de enfermedades contagiosas (especialmente sobre sífilis y fiebre tifoidea) así como sobre los hábitos saludables.

Integró las más importantes instituciones científicas del continente sobre los particulares y fue jefe del Dispensario Anti Sifilítico de Florida.

El 6 de junio de 1964 toda Florida se conmovió; Fernando Abente Haedo moría en un accidente automovilístico en la vieja ruta Nº 5.

Florida le dedica un monumento en el Prado de la Piedra Alta, recordando su actitud de servicio en una alegoría que tiene por centro a “la buena samaritana”.

De pasiones desatadas y de gestas novedosas

La década de los años ´30 fue de difícil tránsito para el hospital de Florida -como para el resto del país- en tanto las confrontaciones político partidarias y la dictadura de Gabriel Terra pusieron pasiones encendidas, divisionismos y hasta duros enfrentamientos entre los propios profesionales de la medicina.

Sin embargo, de manera positivamente contrastante, fue este mismo tiempo uno de los más fermentales en el crecimiento edilicio de la institución, especialmente señalado también por la imposición de una nueva y muy prometedora concepción del trabajo médico: la prevención de la enfermedad desde lo institucional.

Sobre finales de los ´20, a la vez que se daba cuenta de una “Operación excepcional en Florida: Toracotomía y sutura de corazón, realizada por los Dres. Gortari y Abente Haedo”, se consignaba que había llegado “dinero para la construcción del pabellón de infecto contagiosos del Hospital Florida”.



Entre los médicos más destacados que la historia del hospital reconoce en sí misma se ubica aquel activo y ordenado Director que fuera el Dr. Oscar R. González.



■ Aquel primer pabellón de Maternidad que fuera orgullo de quienes concretaron su inauguración.

En este tiempo se desempeñó como Administrador del hospital el Sr. Rafael Rossido y como Director el Dr. Modesto Etchepare

LAS CONFRONTACIONES

La confrontación más larga que -por entonces- se dio en el hospital tuvo por centro al Director del mismo, contra quien se levantaron graves acusaciones e incluso se siguió un trámite administrativo de destitución y posterior reposición. Siendo el Dr. Etchepare un hombre vinculado al periódico "El Heraldo" (de franca y contundente oposición al terrismo) aquella confrontación también se polarizó en la prensa lugareña, con el mencionado medio asumiendo su defensa y "La Voz de Florida" publicitando los señalamientos.



En tanto el M.S.P. imponía una “investigación técnica sobre los sucesos de Pando” (balacera donde muriera el Dr. Grauert y resultara gravemente herido Juan F. Guichón, director de El Heraldo), lo que agitó aún más las pasiones en el propio hospital.

El Heraldo señalaría -a inicios de 1934- que “Ante la desidia del Ministerio de Salud Pública se ha formado una comisión para dotar a nuestro nosocomio de la ropa de cama de la carece”, lo que sería inmediatamente refutado por el Dr. Gortari, director del Hospital.

El periódico señalaría entonces el “affaire” de la Médica Uruguaya, nombrando a los concurrentes de una reunión, casi todos funcionarios del Hospital.

LOS AVANCES

En octubre de 1931 se lanzaba la primera campaña oficial “contra el quiste hidático” y dos años más tarde se imponía el “Certificado pre nupcial”, un certificado médico que pretendía ase-

gurar la adecuada salud de los contrayentes, siendo “obligatoria su obtención para poder casarse”.

El 16 de mayo de 1933 había sido inaugurado el “Consultorio pre nupcial” en el Hospital Florida.

Asimismo, en julio de 1934, se daba a conocer un comunicado sobre la obligatoriedad de tener un botiquín -y sobre su contenido- en todos los espectáculos públicos.

Construido en poco más de tres meses, el 14 de enero de 1935, se inauguraba el “nuevo pabellón de Maternidad del Hospital Florida”, al que se diera el nombre de “Dr. Juan Guglielmetti”.

El 3 de mayo de 1939 era “nombrado Director del Hospital el Dr. Oscar R. González”, destacado médico y vocacional educador que signó a varias generaciones de floridenses desde sus caudalosas clases de Historia Nacional, con quien el hospital concretaría su definitiva estructura institucional.

El Hospital “Dr. Raúl Amorín Cal”



■ Dr. Raúl Amorín Cal.

El Dr. Raul Amorín Cal nació el 20 de junio de 1933 en San Carlos, departamento de Maldonado.

Luego de realizar sus estudios primarios y secundarios en aquel lugar se trasladó a Montevideo para cursar la Facultad de Medicina, graduándose el 18 de junio de 1963 (a punto de cumplir sus 30 años).

Entre los años 1964 y 1967 ocupa el cargo de Jefe de Clínica de la Facultad de Medicina, logrado en un concurso de oposición y mérito. Por igual método también logró el cargo de médico adjunto de guardia en el Hospital Pasteur.

Casi inmediatamente -en 1967- se radicó en Florida, con el cargo de Médico Cirujano de Guardia del Centro Departamental de Salud Pública de Florida.

Aquí cumplió destacada actuación como cirujano general, siempre preocupándose por estar actualizado en técnicas y tecnologías de avanzada lo que lo

constituyó en un eximio y exitoso profesional que accedió con convicción y lucidez a cirugías altamente especializadas.

En 1969 es Médico Cirujano Ayudante de nuestro hospital y en 1970 es Cirujano Jefe del mismo.

En 1975 concreta el postgrado de Cirugía Infantil.

Entre los años 1985 y 1995 es responsable de la Dirección el Centro Departamental de Salud de Florida, Presidente de la Sociedad de Cirugía del Uruguay y Presidente del Congreso Uruguayo de Cirugía (que se reunió en Florida a modo de reconocimiento para su persona), Miembro de Honor de la Sociedad de Fiebrología y Linfología de la ciudad de Córdoba (Argentina), Miembro Correspondiente de la Asociación Argentina de Cirugía y Director General de la Administración de Servicios de Salud del Estado (ASSE).

En 1987 aparece como el ideólogo y cofundador de SUDUF (Servicio Único De Urgencia de Florida), iniciativa concretada entre el Hospital, el Batallón de Ingenieros de Combate Nº 2 “Sarandí”, Jefatura de Policía de Florida, Intendencia Municipal y COMEF.

En este tiempo también impulsó decisoriamente la creación de la vasta red de policlínicas que hoy cubre toda la ciudad y el departamento.

El Dr. Amorín murió en Florida el 11 de diciembre de 2000.

Habiendo logrado un prestigio incontrastado, el respeto y el cariño de todos los floridenses, Amorín fue uno de los Grandes de Florida sobre las postrimerías del XX.

En reconocimiento a su brillante trayectoria se nominó “Dr. Raul Amorín Cal” al Centro de Salud Pública de Florida, de acuerdo a la propuesta del Representante Nacional Juan Justo Amaro Cedrés y al informe elevado por la Comisión de ese cuerpo el 4 de julio de 2001, señalando “se cumple con un deber de lealtad que la conciencia colectiva de Florida experimenta y comparte”.

En diciembre de ese año se procedía a la nominación oficial del hospital.

